

En los 80 años de vida del poeta

ANTOLOGÍA POÉTICA

(1948-1985)

Lic. Juan Sabines Guerrero

GOBERNADOR DEL ESTADO

Mtro. Alfredo Palacios Espinosa

DIRECTOR GENERAL

Lic. Marvin Lorena Arriaga Córdova

COORDINADORA OPERATIVA TÉCNICA

Lic. Roberto Rico Chong

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Enoch Cancino Casahonda

© ENOCH CANCINO CASAHONDA

CUIDADO EDITORIAL

• *Dirección de Publicaciones*

DISEÑO

• *Mónica Trujillo Ley*

FORMACIÓN ELECTRÓNICA

• *Mario Alberto Palacios Álvarez*

CORRECCIÓN DE ESTILO

• *Roberto Rico*

D.R. © 2008 Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel Albino Corzo No. 2151, fracc. San Roque, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas. C.P. 29040.

publicaciones@cone cultachiapas.gob.mx
editorial_cone cultura@hotmail.com

ISBN: 978-970-697-243-9

HECHO EN MÉXICO

ANTOLOGÍA POÉTICA (1948-1985)

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES DE CHIAPAS

2008

CONTENIDO

PRESENTACIÓN	13
PRÓLOGO	15
CON LAS ALAS DEL SUEÑO (1951)	
<i>Pueril canto al amor</i>	18
<i>Con las alas del sueño</i>	22
<i>Voz al viento</i>	25
<i>Juguete</i>	26
<i>Pausa</i>	28
LA VID Y EL LABRADOR (1957)	
<i>La aurora detenida</i>	30
<i>El viejo</i>	33
<i>Perfiles de barro y Juárez</i>	34
<i>Un pueblo de Chiapas</i>	42
<i>La boda celestial</i>	44
<i>Canto a Chiapas</i>	45
CIERTAS CANCIONES (1964)	
<i>La fuga</i>	51
<i>El entierro</i>	52
<i>El día afortunado</i>	54
<i>Fantasmas</i>	55
<i>Apresurate amigo...</i>	56
<i>Paz</i>	57
<i>El borracho</i>	58
<i>El insomnio</i>	59

<i>Cuba</i>	61
<i>La lluvia</i>	62
<i>Otras canciones</i>	63
<i>Si tengo que morir</i>	64
<i>La espera</i>	65
<i>A Máximo Prado</i>	66
<i>La soledad</i>	67

ESTAS COSAS DE SIEMPRE (1970)

<i>Litoral</i>	71
<i>El testimonio</i>	72
<i>Mi casa</i>	73
<i>El naufragio</i>	74
<i>El hallazgo</i>	75
<i>A Primo Chanona</i>	76
<i>De la muerte</i>	77
<i>De la tristeza</i>	78
<i>La hamaca</i>	79
<i>Un anticipo</i>	80
<i>Campumá</i>	81
<i>La neblina</i>	83
<i>Poesía siglo XXI</i>	84
<i>A mi padre</i>	85

TEDIOS Y MEMORIAS (1982)

<i>La vieja novedad de las palabras</i>	91
<i>“Escribir, por ejemplo...”</i>	92
<i>Usos</i>	94
<i>Rosario Castellanos</i>	95
<i>Umbrales</i>	96
<i>Embalse</i>	97
<i>Diálogo de sordos</i>	99
<i>Ser solamente</i>	100

<i>Fechas</i>	101
<i>Audacias</i>	102
<i>Rescoldos</i>	103
<i>El otro</i>	104
<i>El terco sur</i>	105
<i>Garduño y el mar</i>	106
<i>La vejez</i>	107
<i>Días fríos</i>	108
<i>Grillos</i>	109
<i>Juego de pelota</i>	110
<i>Estos caminos</i>	111
<i>Un martes</i>	113
<i>Puertos</i>	114
<i>Uno en dos</i>	115
<i>Quehaceres</i>	116
<i>Los aprestos</i>	117
<i>Canciones de la tierra</i>	118
<i>En la casa natal</i>	119
<i>El gran cocodrilo</i>	120
<i>El Chichonal</i>	121
<i>Martin Luther King</i>	122
<i>La casa del jaguar</i>	123
<i>Los marimberos</i>	125
<i>El rostro del tiempo</i>	127
<i>La comparsa</i>	128
<i>La cantinela del frustado</i>	129
<i>El vino</i>	130
<i>Debo decir esto</i>	131
<i>El día</i>	133
<i>Don Ruma</i>	134
<i>Día trece</i>	137
<i>Palabras hembras</i>	138
<i>80 años</i>	139

PRESENTACIÓN

En este octubre de 2008, nuestro poeta Enoch Cancino Casahonda cumple ochenta años de edad. Él ha destacado en cada una de las facetas de su quehacer esencialmente humanista. La profesión médica, el servicio público y el uso artístico de la palabra le han significado al autor del Canto a Chiapas, un renombre genuinamente popular entre varias generaciones de chiapanecos y, como consecuencia de ello, el alto aprecio hacia su versátil y popular personalidad.

Lo antedicho se explica en buena parte por la estrecha asociación de valores éticos que concurren en Cancino Casahonda, hombre de trato sencillo y fraternal, provisto del humor familiar con que aderezamos en Chiapas nuestras conversaciones.

Cardiólogo que supo explorar el pulso humano desde la oscura cavidad latente que da origen percusivo a la vida; ciudadano cuya convicción histórica y alto valor a la amistad lo llevaron a participar activamente en la vida política del estado; poeta al que la política tocó a sus puertas y no él a aquélla. Poeta que ha sabido registrar en la sensibilidad creativa todo lo anterior, para cifrarlo en depurada concreción lírica; el “doctor Noquis”, como cariñosamente lo llamamos, encuentra en la escritura de la poesía un vehículo de comunión emotiva más que una preciada joya del intelecto, sin que ello represente

excluir el elemento racional, tácitamente incorporado en el verso. Hombre generoso dispuesto siempre a dar de sí para los demás.

Cancino Casahonda no sólo ha sabido decir cuánto ha necesitado expresar, sino que además respeta la inteligencia y el sentir de sus lectores al sugerir en forma abierta diferentes vías hacia una probable certidumbre, hacia la perplejidad que bulle tras la vieja novedad de las palabras.

Con la presente edición antológica el Gobierno de Chiapas que encabeza Juan Sabines Guerrero, a través del Consejo Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, rinde homenaje a la trayectoria de un poeta que aborda las cosas y los temas de siempre para transformarlos en bien común.

ALFREDO PALACIOS ESPINOSA

PRÓLOGO*

¿QUÉ PODEMOS DECIR A UNA breve y limpia selección de versos que lo dicen todo?

Quizá convenga saludar (porque ha estado muchas veces ausente de producción contemporánea) la sencillez de una poesía edificada con altura y dignidad, al margen de lo torrencial y agresivo de tantas asonadas líricas.

Estos poemas de Enoch Cancino Casahonda se leen y festejan como paisajes interiores y ventanas al campo en donde los temas de la muerte, del amor y de la vida (triángulo de eternidades) proclaman la verdad de una vocación sin mácula.

Cancino Casahonda, uno de los más jóvenes académicos mexicanos, ha entrado por la puerta grande en la madurez de la acción y de la palabra. Ni gritos ni oscuridades (sirenas que a otros incordian) aparecen en sus textos, y sí frescura de amanecer, tarde moza y noche enamorada.

Podría citar a los muertos inmortales y a las cosas de todos los días dichas en forma diferente. Además, un texto final –de hijo a padre– que es ya la joya perpetua.

ALFREDO CARDONA PEÑA

*Texto de la edición de *Estas cosas de siempre* de 1970.



Con las alas del sueño

(1951)

Pueril canto al amor

El amor viene un día
cabalgando en las cosas,
viene escondido
en el misterio de la misma brisa
y en el contorno de la misma rosa.

Y nos viene a decir, que el río
es la expresión lineal de una quimera,
que la lluvia es un rezó
y la noche un presagio,
y nos habla de cosas tan lejanas
como de aquella niña
“que se murió cantando una mañana”.

En las noches de luna
toma el prestigio de una abuela
y nos habla de princesas,
de góndolas, de hadas,
de insospechadas tierras
y de apartados siglos.

Nos hace sentir niños con un remordimiento azul
y amar la bienhechora esencia del rocío.

Y en las tardes serenas,
antes de que la sangre celestial

de algún crepúsculo
haga llorar estrellas a la noche,
nos hace sentir místicos, y amar
como las vírgenes
las sombras melancólicas del templo;
exclamar: ¡Creo en Dios!
y musitar muy quedo:
“sueño con la ilusión de ser una vez cruz,
hiel y calvario”.

¡Oh, amor! tú nos haces desear,
pensar a veces,
en la resurrección de los altares lánguidos,
soñar con una flor, con una queja,
y tras la imposibilidad de una ventana
decir que el verso es un jardín
que no se muere nunca;
que todavía hay seres en la tierra
que musican en lágrimas, en besos, en suspiros,
una sonrisa dada sin querer,
una mirada vaga,
y que, con el frágil vestido de un color,
con un perfume,
son un inacabable siglo diecinueve...
¡junánimes con las enredaderas!
¡piadosos con las alas!
¡radiantes con los lirios
y con las almas tiernas!

¡Oh amor! tú nos haces soñar
con países remotos,
con imposibles acciones

de héroes rubios y helénicos...
¡ir a contar estrellas al ábaco del cielo
o escribir madrigales en el viento!

¡Oh amor! tú traes el insomnio
a nuestra almohada
en búsqueda de imágenes y formas,
de palabras, de umbrales, de sorpresas
que ir a dejar,
entre la fantasía,
bajo la planta leve
de la mujer amada;
aunque... a veces, nos dejes
el ingrato sabor del esfuerzo infecundo
o del pago irrisorio
de una satisfacción pobre y amarga.

Ese es todo el amor,
espina y ala.
Una persecución eterna de la espuma,
un destino entreabierto en la ventana.

(En alguna ocasión, amor, nos matas con la duda,
desconfiamos hasta del rayo de sol
que entra en la alcoba de la amada,
nos declaramos enemigos de la tiniebla
y rivales del aire
que trae el eco de las serenatas).

Ese es todo el amor.
Esa la secular antítesis del beso y de la lágrima.
Esa la tajante virtud de ser sincero.

Y así viene el amor,
así nos canta,
así juega con nosotros
una infantil ronda de almas.
Así nos hace ciegos, ridículos, ingenuos.
Así nos hace firmes, hostiles, invencibles.

Ese es todo el amor.
Así nos canta.
Así nos va envolviendo
con momentos de angustia y de esperanza.

Y un día... se nos va,
y tan sólo nos deja
la sensación de un beso tras la brisa
y el inútil afán de un grito tras la noche!

Con las alas del sueño

No era clara la noche
cuando tú no existías.

La luna no era verso
antes que tú nacieras.

Es por eso que entonces
yo miraba las sombras
sin presagios ni estrellas.

No sentía el sollozo matinal de las ramas
ni sabía del beso primordial de las flores.

Mi vida era
como la de aquel viajero
que sonaba la luna del sur.

Algo así como el niño que pretende
contar todos los astros
que brillan sobre el mar.

Como el alma que ignora
que el amor crece a veces
tras la tarde y la lluvia.

Y no sabe que el llanto
sea algo tan frágil
como el cristal que un día te presintió fugaz.

Algo sin fe ni rumbo,
un fantasmal contorno
bajo la luna aquella primaveral y sur.

Pero... surgiste tú
sin lugar y sin hora.

Surgiste tú tan leve
como un beso de pétalos
al mirar de las aguas.

Tan diáfana y tan clara
como la luz que a veces
hace cantar las ramas.

Como el fuego infinito
que despierta a las rosas
y hace vibrar las almas.

Y, desde entonces, siento
que es otro el mismo viento
que columpia tu nombre.

Mientras la noche gime
y el recuerdo se alarga.

Mientras los trenes ebrios
gruñen sombras lineales.

Y el insomnio se anuda
tras los pliegues del alba.

Y eres, entonces, todo,
lágrima, verso y risa.

Eres fin y principio,
seguridad y acaso.

Y vas conmigo siempre, tan diáfana y tan clara
como la luz, que a veces,
hace cantar las ramas.

Voz al viento...

Necesito olvidar
porque ella va hacia el norte
y yo hacia el sur.

Porque yo voy bajo la luna
y ella bajo el sol.

Necesito olvidar porque recuerdo
que era blanca y fugaz
y era el débil instante en que mi nada
se hacia eternidad.

Necesito olvidar porque en sus manos
se fue mi corazón...
Y sobre todas las cosas porque siento
que sobre los contornos de la tierra
no la volveré a hallar.

Juguete

Y aquella niña tan bella
se enfermó de mal de amor
(el llanto sobre sus ojos
y el luto en su corazón).

Como en los cuentos antiguos
la luna la vio llorar
y sobre la tierra entera
oscureció de pesar.

La fina brisa de mayo
llorando la vio al pasar
y, como era de esperarse,
también se puso a llorar.

Y se encresparon las olas
inacabables del mar
y con un trueno en el cielo
todo se puso a llorar:

Lloró la lluvia en la calle
y en el templo la oración
y en el rumor de las horas
lloró nuestro corazón.

—¡Mira, niña, lo que has hecho
con ese modo de amar!
Dijo la niña, temblando:
—ya no volveré a llorar.

Y cuentan algunas gentes
que el cielo, el aire y el mar,
en una noche de luna
la fueron a sepultar.

Pausa

a Sarain Cortazar

Aún conservo los viejos pergaminos
que un día lejano fueron el motivo
por el que sembré rosas al camino.

Los conservo, ya ajados y ya fríos,
como un recuerdo que murió de viejo,
como un amor que se murió de hastío.

Aún conservo mis viejos pergaminos
hoy que el destino me tendió una pausa
y hoy que el cansancio me nubló el camino...

Y siento al verlos el deseo escondido
de volver a mirar lo que no he visto
y de volver a ser lo que no he sido.

La vid y el labrador
(1957)

La aurora detenida

al Dr. Guillermo Bosque Pichardo

En Palenque un milagro petrificó a los seres.
Se fundieron en una unción solemne
las antiguas raíces que nos nutren
y la nueva intención que nos contiene.

En Palenque la lluvia
perseverante y clara ha mantenido
su remota canción
como un eco tras los oídos del arcano,
su melódico afán ha carcomido
la historia y el basalto
como un lento cincel, que diluyendo
la claridad de los retablos,
va taladrando siglos.

En Palenque la selva
añosa y patriarcal ha guarecido
el alma en el estuco
y la ley en el templo,
como avara infernal ha custodiado
la inmutabilidad del sol y del guerrero
y el mito circular del jeroglífico
donde el pasado vuelve a ser novicio
y el niño porvenir a ser anciano.

En Palenque las rocas han sudado
de sus poros de raza en abandono
su fatiga del tiempo y el espacio,
en su quietud de salmos han gemido
como gimen los pájaros y el río
cuando muere la tarde en el camino.

En Palenque el pasado
de tanto fenecer ha renacido
en el instante eterno en que un cocuyo
pinta su civilización en el misterio
de la fugaz aurora de sus ojos
y en que una lágrima corre por la selva,
se filtra por la noche y en la piedra
es una gota más sobre la historia.

El viejo

Mientras los últimos rayos de sol
jugaban a la matatena con mi sobrina
y la brisa presumía de su más prolongada delgadez,
pasó aquel viejo;
aquel viejo barbado y quebradizo
que en todo tiempo pinta de prestigios
de añosa encina el asomar de un niño.
Ella me preguntó: ¿de dónde viene?
—No sé, le dije.
Yo no sé por dónde,
pero ha de haber algún lugar remoto
que engendra viejos y los dona al mundo
para que resuciten niños por las tardes
quietas y dulces de cualquier poblado.

Perfiles de barro y Juárez

Premio Ciudad de México 1956

I

Lo simple dicta siempre la palabra final,
lo primario sostiene el edificio
del gran bien, del gran mal;
porque simple es la espina, simple el aire,
y simple es el rumor del manantial;
primitiva corola es la fragancia
violando el éter casto y vesperal.

Por eso el simple barro dice a veces
su palabra esencial,
filtra al resquicio el cuenco
y derrama su final,
como arena en el lodo
va insinuando rasgos de integración:
rito de la progenie, selva y agua,
jeroglífico y templo, anunciacón.

Porque barro es la tierra americana,
barro de intento, barro de final,
sol barro estructural dentro la piedra,
luna barro rielando en Yalentay.

Barro las anchas aguas caribales
y las aguas profundas del Brasil,

seco barro arenal, sudor del Chaco,
barro del altiplano y Mapimí;
barro de floraciones araucanas,
barro de Titicaca y Atitlán,
Pátzcuaro –barro espejo de los sueños–
barro estanque rural, Soyatitlán;
barro de Cotopaxi, puna andina,
barro madre del sur, curva oriental,
barro Popacatépetl, fiel tutela,
alba y guardián del cielo occidental.

Barro del Ayacucho y de Las Cruces
para el barro nación, sur Boyacá,
barro espada creación santanderina,
barro hermandad en flor, Pan Morazán.

Barro lago prosapia, sierpe escudo,
nopalera presencia del Aztlán.

II

Aldeaños de barro fueron cifra
en el Mayab astral,
muro labrado en el tolteca empeño,
joyel en Mitla, estuco en Yaxchilán;
lienzo de aparición nos dejó el barro
siendo la Independencia y la unidad,
y sobre la Revolución dejó fecundo
la agraria afirmación de la igualdad.
Profética verdad, revelación tribal:
“barro será sobre esta tierra niña
todo lo que es siglero y sideral...”

III

Y si barro es el medio, barro es todo,
la urdimbre fraternal del diario viaje
de todo lo que es bruma y es miraje;
el color, la triunfal arquitectura
vistiendo su razón en el paisaje.

Barro ha sido y será el sufrimiento
de todo lo que somos,
desde el sepulcro hasta el alumbramiento,
y barro la expresión resplandeciente
de todo lo que en medio del camino
recoge una verdad o una simiente;
barro es la habitación, barro la noche,
barro la religión y la alfarera
minucia del regusto y de la infancia,
barro de la vendimia campesina,
sabor de barro en el amor distancia;
barro de nacionalidad con que se adorna
el rojo feria y el azul fragancia,
y que a centro del coro es el arribo
del pulque barro al acto disonancia.

Barro que nunca morirás,
que nunca has muerto,
y que a medida que te vas creciendo
vas dejando la espiga en el desierto.

IV

Y si barro es el medio y es el hombre,
aquello que en el medio es lo más barro
también tendrá que ser barro más hombre.

V

Santa tierra de Ixtlán, voz de cordera,
móvil juncos en viajante primavera,
fuga desorbitada, ardor fecundo
de saber por qué hay luz en este mundo;
voz de Salanueva en el misterio
de una conciencia inmemorial
que a son *nemine discrepante*
reivindica un latir ancestral;
mirada de soslayo en la pureza
de un amor virginal,
recia fusión de corazón y yunque,
tálamo limpio de la legalidad.

Cómo te voy queriendo Juárez en tu barro
proyectándose simple en la verdad,
cómo lo voy mirando puesto al hombro
de aquel gobernador
que al transportar la ley en el ataúd de su hija
sólo puso la ley sobre el dolor;
cómo me va angustiando en la fatiga
de la constante peregrinación
ante el acecho y la renunciación,
polvo en las diligencias nacionales,
monoritmo en las aguas intercontinentales.

Cigarro que se tuerce en el exilio,
tibio monólogo, acto vertical,
y a rumor impasible, a son de barro,
el regreso triunfal.

Ah, barro milagroso que se aprieta
y se articula en pluma y en fusil,
y es muro ante el equívoco doméstico
y ante el extraño, robustez gentil.
Barro reformador desamortiza el tiempo,
da registro civil sobre el sepulcro
para la vida, para el amor pulcro.

Justicia señorita que prestigia
a espacio vuelo el traje de novicia
que se viene tejiendo desde el códice
y por un soplo en ella se realiza.

Figura que se traza en el modelo
de liberal tendido a campo raso,
con fusil y chinaca por el brazo.

Penetracion de hogar y de conciencia
con el mensaje azul del sentimiento
y la semilla fértil de la ciencia.

Llanto de las campanas, femenina
grieta en la ceiba patriarcal,
roca herida en el vientre, azoro en robledal;
negativa de Ponto con que trenza
el decoro su manta y su percal,
barro que no se quiebra ante el prodigo,

ni ante la duda, ni ante el vendaval;
barro serenidad que en línea recta
cruza el valle y el monte y el erial
y planta en las fronteras de lo justo
el respeto al derecho y a la paz.

VI

Y fue preciso que el infarto hiriera
el claro emblema de tu dignidad,
para que el barro artista te esculpiera
sin una queja ante la adversidad;
adversidad de julio, contrapunto
de veleidoso inicio en el juncal,
orto y ocaso que renace a diario
oliendo a lápiz de escolar rural,
y ejemplo que se cumple ciudadano,
se templa brazo, crece litoral,
y se torna aguijón para el cansancio
y columna de ley sobre el nopal.

VII

Así te voy amando Juárez plaza,
cotidiano fluir municipal,
mientras que allá en el monte las resinas
en los vientres de arriero pedernal,
van cuajando tu rostro lentamente,
cada vez más patrício y vertebral.

VIII

Todo lo estoy diciendo, Juárez, porque siento
el no ser como tú, y al mismo tiempo
ser en ti resultante ayuntamiento,
antípoda flaqueza
del barro fortaleza
que te anima,
menguada parte del gigante barro
que a tu ser estatuye y determina.

Todo lo estoy diciendo, barro, porque a Juárez
siento al mirar lo que a mi ser inunda,
vastas inmensidades que presiento
y exacta realidad que me circunda.
Todo lo estoy diciendo, Juárez, porque admito
que te me vas volviendo fruto y lontananza
allá donde antes habitaba el grito.

Y si en ti no mirara
lo que veo,
y en todo no estuviera
lo que tú eres,
la vida misma, extensa, te glosara
desde el inapreciable ser del intersticio
hasta el acrisolado estar del edificio.

Y si la vida, enigma, oscureciera
tus perfiles de sol en el incienso,
quince siglos de sombra y de silencio
propiciarán tu emerger cristiano
desde las anchurosas vetas del arcano.

Y si el asombro, abismo,
ya no diera tu exacta proporción:
cielo y guarismo,
el alma balbuciente lo cantara,
el maizal plañidero lo cantara,
Xochipilli encarnado lo cantara,
y los bronces que alegres nos delatan
la presencia del alba,
a transparencia igual nos lo cantaran.

IX

Y si el sentir inmenso no alcanzara
a violar las fronteras de la suerte,
la tierra, oliendo a lluvia, externaría
tu raigambre estelar desde la muerte.

Sí, la instancia final, la tierra muerte,
de la que el barro, igual que todo,
es simple parte,
resurrecta será para llamarte
abierta al cosmos floreciente y mansa,
proclamándose patria en la zozobra,
inmaculada patria en la esperanza.

Un pueblo de Chiapas

Sobre el poblado
cae un crepúsculo en cruz,
parado atrás del norte
miro al sur.

Veo correr la vida
de la gente sencilla,
los diáfanos caminos,
las piadosas estampas
y yo no sé por qué presiento
que la vaca del cuento
no puede ser distinta a la que veo.

Todo obedece al *Ángelus*:
el crepúsculo, el rezo, la nostalgia;
todo viene del alba:
el despertar, la ordeña, la esperanza.

Pero existen también las noches tibias,
los plenilunios rosa,
el cuento de tío Pedro
y el germen del copal en nuestras bocas.

Yo pienso en las ciudades,
en las flores y el cieno,
en el ideal y la miseria,

y mientras que lo pienso oigo que el viento
es motivo también en nuestra historia.

En las serenidades campesinas
uno encuentra que el viento
también cuenta,
que es tío Pedro en la oreja y nos advierte
de la paloma en los maizales,
de aquel tímido olor a flor de mayo,
de ritos y leyendas,
de novedades y de quejas.

Ah, porque el viento también trae
la dirección azul de cada serenata,
nos informa de la rural marimba en ejercicio
y del significado de un listón en el pelo
y un puñal en el alma.
Ay, quieta voz del pueblo,
sencilla como el entierro de un niño,
como el sabor del agua,
como una campesina declaración de amor,
yo aquí parado ante el crepúsculo
te hermano con mi voz.

La boda celestial

Allá por Mitontic
el amor crece como el maíz
por ciclo y en decoro:
diecinueve cosechas sobre el mozo,
sobre ella quince cielos.

Y pese a la vecina que repreuba
con su experiencia de inflamar minucias
y a los plantíos que resienten males,
una mañana, enflora la comarca
y hasta el tálamo bajan de las nubes
copos que riegan la pureza eterna
como la lluvia de los sembradores.

Canto a Chiapas

Chiapas es en el cosmos
lo que una flor al viento.

Es célula infinita
que sufre, llora y sangra.

Invisible universo
que vibra, rie y canta.

Chiapas, un día lejano,
y serena y tranquila y transparente,
debió brotar del mar ebrio de espuma
o del cósmico vientre de una aurora.

...Y surgió, inadvertida
como un rezó de lluvia entre las hojas,
tenue como la brisa,
tierna como un suspiro;
pero surgió tan honda,
tan real, tan verdadera y tan eterna
como el dolor, que desde siempre riega
su trágica semilla por el mundo.

Desde entonces, Chiapas es en el cosmos
lo que una flor al viento.

Chiapas nació en mi:
con el beso primario en que mi madre
marcó el punto inicial del sentimiento.
Chiapas creció en mí:
con los primeros cuentos de mi abuelo,
en la voz de mi primer amigo,
y en la leyenda de mi primera novia.

Desde entonces, Chiapas es en mi sangre
beso, voz y leyenda.

...Y fue preciso
que el caudal de los años se rompiera
sobre mi triste vida solitaria,
como la espuma en flor, de roca en roca,
para saber que Chiapas no era sólo río,
para saber que Chiapas no era sólo estrella,
brisa, luna, marimba y sortilegio.

Para saber que a veces también era
la indescriptible esencia de una lágrima;
algo así como un grito que se apaga
y un suspiro de fe que se reprime.

(Supe que Chiapas no era sólo el insomnio de la selva
besando la palabra de los vientos
y el río llorando epopeyas
en el torrente de las horas viejas...)

Percibí en ella
una sed insaciable de nuevos horizontes,

una ansia inconfesada de compartir su vieja voz de arrullo
su triste voz
(triste como la imagen del indio
clavada entre la cruz de sus caminos).

...Mas supe también que Chiapas era
el callejón aquel donde ladraba el tiempo,
aquel olor a lluvia que cantaba
la santidad de nuestras almas niñas.

Y, supe además, que a ratos era
una fiesta en el barrio,
el aroma infinito de una ofrenda
y una marimba desafiando al aire
profanado de cohete y campanas.

¡Chiapas!
he de volver a ti como un suspiro al viento,
como un recuerdo al alma.

He de volver a ti
como el cordero fiel de la leyenda
para ser una nota, que perdida,
vague en la soledad de tus veredas.

Para ser “uno más” entre tus redes,
tejidas con el hilo del incienso
y beber el poema de tus noches
en la leyenda azul de tus marimbas.

Y cuando viejo, solo y abatido
se aproxime el final de mi existencia,
he de besar tu tierra para siempre.
A esa bendita tierra,
que cual ella me hiciera:
con un alma de cruz
y de montaña.

Ciertas canciones

(1964)

La fuga

He perdido un amor,
un familiar,
y el tiempo.

La vida es un continuo
andar perdiendo
lo que tuvimos
y lo que tenemos.

Es una bolsa rota
en que ponemos
las monedas, las llaves
y los sueños.

El entierro

Qué fulgor se escapaba de aquel féretro
mientras los cuatro amigos lo cargaban.
Dictaba el árbol su canción al pájaro
y el horizonte, anciano,
meneaba su cabeza, resignado.

No sé por qué yo he presentido
que Dios estaba al pie del lomerío,
en traje de pastor, viendo el cortejo;
viendo que los huizaches florecidos
flotaban, polvorientos, como espectros.

La tarde derramó sus claros filtros
y tuve miedo de mirar sus oros
persiguiendo a las sombras del sepulcro.
Porque el escalofrío me penetra
cuando pienso en morir,
cuando me sueño
recorriendo los largos laberintos,
la densa oscuridad,
los siglos lentos.

Claramente lo advierto y lo confieso:
tengo miedo a morir;
pero si alcanzo una muerte como esa,

con un cielo, y su paz, en cada llanto,
no sentiré temor en el regreso.

Tal vez no importe ser sombras o huesos,
tema menudo de un amable cuento,
o entre los bosques de un perdido otoño
una hoja, vagabunda, en pos del viento.

El día afortunado

Cada paso que doy
es pie derecho,
cada línea que escribo
es la que siento,
cada flecha que lanzo
da en el centro.

El sol me alfombra
y se me vuelve techo
contra lluvia, mal aire,
o desaliento.

¡No escondas tu labor, sepulturero!
Hoy no me asustaría ir a tu encuentro.

Fantasmas

Cuántas cosas se quedan en la pluma
que no ejercita la obra imaginada,
cuánta cosa que fue, no siendo nada,
se marchó por la luz de una mirada.
Cuántas sombras de amor,
que fueron sombras,
habitaron la casa abandonada.

Apresúrate amigo...

Apresúrate amigo,
crea tu obra,
enamora a tu amor,
bebe tu vino;
salda tus cuentas
con tu nombre mismo,
no repares lo mínimo
y no alteres
la condición del hombre
o del camino.

Inesperadamente
el hondo abismo
puede abrírtete así
cual se abre un libro.

Bien pudiera la muerte
usar su carro antiguo,
su caballo espectral
de horror tranquilo,
para decirte un día:
“ven conmigo,
vamos a ver los campos
y los siglos”.

Paz

De la diaria labor
salgo a las horas
liberado de luces
y estremecimientos.

No se asoman
ni el blanco sueño,
ni el rencor herido.

En la perla que corre
por mis sienes
soy evasión, relente,
cansado segador,
serena muerte.

El borracho

La noche abrió el camino:
el borracho regresa al torpe oficio
de volver a contar lo ya sabido.

Qué ojos lúbricos pone el exterminio
al mofarse, sin risas, de sí mismo.
Qué inoperante gira el equilibrio
alrededor de los desposeídos.
Qué natural se asoma tras los vidrios
el perfil misterioso del suicidio.

El insomnio

Es un chocar con árboles y piedras,
es un mirar la luz enceguecida
hecha espirales o monotonía,
es un sentarse a recontar los pasos
que han cruzado hoy la calle, ayer la esquina,
es un párpado hambriento que se nutre
con la sangre que vierte por su herida.

Pasan todas las horas sin sus días,
doliendo todo: almohada, cuarto, vida,
y hasta el amanecer y su cortejo
de nieblas, luces y palomas tibias.
Pasan todos los mares, los desiertos,
todo regreso y toda despedida,
y hasta el aire y el sol hieren las sienes
como dos clavos la madera antigua.

Pero si duermo no brotará el verso,
ni esta angustía benéfica y lucida,
ni este suave temblor con el que palpo
toda cosa presente o presentida.

Si yo durmiera no tendría deseos
de agredir a la gente mal nacida,
de saltar formas y llamar las cosas
por su nombre cabal y sin mentira.

Si yo durmiera no tendría las manos
en busca de esa sangre enternecedora
que transforma en verdad cada mirada
y en copa de placer todas las viñas.

Y si durmiera, sin embargo, un rato,
sinceramente lo agradecería.

Cuba

Hoy he visto agrandarse la pupila de un ciego.
Dilatarse soñando una ventana
para un mirar primero.

Por ella ha vuelto a entrar
la luz del pueblo
y se ha llenado toda
de un incendio.

La lluvia

Andar ayuno de mujer,
de personas afines,
de un Dios en quién creer.

Andar como en el tiempo de los soles
sin el futuro y el ayer,
andar como en la rueda del destino
sin haber sido y sin dejar de ser.

Así camino entre la lluvia
por el asfalto y el atardecer,
peregrino de dioses sin milagro,
de lechos sin mujer.

Otras canciones

Saca tu opaca vida a la ventana,
que la calle te enseñe otras canciones.
Saca tu oscuridad, tu mirar dentro,
tu sordo gozo de las sensaciones,
y báñate en la luz y en el tumulto
que el viento agita en otros corazones.

Está bien que la muerte y que las sombras
nos aguarden cual fijas estaciones,
pero la vida late en esta hora
y tú te alejas en resignaciones.
Y es bueno ser la vida en sus funciones,
atropello de intentos en las manos,
simplicidad entre las emociones.

Porque en este pasar vamos pasando
como la gente bajo los balcones.

Si tengo que morir

Si tengo que morir
que sea por marzo.
Y de noche, y de pronto,
y sin un llanto.
Mientras los astros miran sus rebaños
y justifican su quehacer amargo.

Y morirme saltando la ventana
en busca de lo fresco y de lo claro,
mientras lo cierto duerme entre las sombras
y aún no se anuncia el resplandor del gallo.

La espera

Será breve la estancia aquí, esta noche.
Comeremos el pan bajo la tienda
de la mejor manera.
No reñirá Pedro con Juan
por cosa o por idea.
Simplemente estaremos entre amigos,
entre amigos que esperan en la tierra.

A Máximo Prado

No supe dar sentido a la palabra,
tropical, como soy, digo diciendo;
yo hablaba demasiado de la muerte
mientras tú, sin decirlo, ibas muriendo.

Mi muy querido grabador, te fuiste
con tu perfil a contraluz, sonriendo;

quizá mientras tu rostro se apagaba
estaba el acahual resplandeciendo.

Cuando un hombre se marcha de improviso
hay que arreglar su cuarto, ir componiendo
sus ropas en desorden, los afanes
que iban su sangre, a sorbos, consumiendo.

Por eso no habrá tiempo de llorarte
hoy que entre sombras vas languideciendo,
limpia estará tu casa y dentro de ella
tu pueblo su mirar reconociendo.

Mi muy querido grabador, te fuiste.
Nos seguiremos viendo.

La soledad

En lo íntimo soportaba poco a las gentes.
Busqué la soledad,
la tuve toda.
Saludé tantas veces el alba.
Solo. Completo.

Me exasperó la soledad, de pronto.
Ese silencio de los muebles rotos,
ese morirse sin estar ninguno.
Así, sin darme cuenta,
sin pensarlo,
en el saludo del cartero,
en la entrega del diario, de la leche,
en los pasos tardíos del vecino,
buscaba estar con alguien,
ser de alguno.

Hallé esposa,
tengo hijo.
No quiero nunca para ellos
la soledad.

Estas cosas de siempre
(1970)

Litoral

Como a esos negros tristes
de los puertos alegres
la vista se me ha ido
lejos de la mirada
(playa larga,
sin rastros,
mar amarga,
sin barcas).

El testimonio

Antes que la locura me llevara,
que la muerte me tragara,
quiso dejar mi testimonio.

Y he aquí que la palabra
ya estaba dicha,
el acto consumado,
la relación comunicada.

La mirada se perdió en la tarde,
la tarde en el río,
el río en el mar.

Mi casa

Con la seguridad de un condenado,
limpio mis cosas,
planto mis palabras.
Nada perturba el pulso con que escribo
ni contamina el aire en que respiro.
Soy la tranquilidad del que no espera,
el agua que no sabe del sediento.
Por eso cuando advierto que la vida
es un respiradero de la muerte,
no intento descubrir el universo
ni rescatar el oro de la tierra;
simplemente dejar establecido
que habito el día a la mitad del túnel
que conduce a la noche hasta su estrella.

El naufragio

Establecida la primer sorpresa,
dejó de haber mirada,
canto jamás oído,
verbo no pronunciado,
superficie inviolada.

Ni siquiera el naufragio fue completo.
Aún nos siguen cayendo las cenizas,
las inconformidades del recuerdo,
las justificaciones del despojo.

El hallazgo

al Dr. Salvador Aceves

Para qué preguntarnos
si Dios existe,
si algo de Él habita
en la tragedia breve de los días.

Mejor que hablar de Dios
es tropezarnos con un hallazgo,
con un temor, con una pesadumbre.
Mejor que hablar de Dios
–cosa muy grave–
es quedarnos mirando,
entretenér un grano entre los dedos
y pensar algo sin pensar en nada.

A Primo Chanona

Hoy te moriste mi buen Primo
y yo pasé frente a tu casa
con esa indiferencia de quien sabe
que tú ya estabas muerto de antemano.

Eras la cuerda floja de la vida.
El trapecio en espera de la suerte.

Quien ha vivido siempre en el vacío
sabe más de la hartura que los hartos.

Eras la voz recóndita del mudo
que se ha asomado sin querer al canto
sumergido en el fondo de sí mismo.

Tú fuiste la canción nunca cantada.
La posibilidad siempre mellada.

Nunca podré decir que has fracasado
cuando nunca soltaste tus amarras.

Sólo podré decirte estas palabras:
te quise de verdad, Primo, mi amigo,
corazón sin fulgor, llanto sin ojos.

De la muerte

La vida es un boleto para entrar en la muerte.
Es un descanso conveniente,
un escalón propiciatorio.

Sólo los ojos azorados pueden entrar en la muerte.
Esponjarse en su gelatina,
mirar en su oscuridad.

La muerte se hizo para pensar en la vida
(brasa perdida en el brasero)
porque es muy triste no tener una historia
que pueda contarse en el invierno.

De la tristeza

Los quicios se ponían un abrigo de invierno.
Las horas se metían suavemente en la cama.
De los altos corredores, del cielo,
caía torpe y sucia una robusta melancolía.
Melancolía fuera de uso.
Hálito de juventud perdida,
de presencia no vista,
de confesión no dicha.
Algo como el amor derramado
en un silencio sin remedio.

Y de pronto, en la niebla,
en el follaje,
en el contorno del ropero,
en las crepitaciones del lunario,
descubríamos lejos del asombro
que ya nada ni nadie nos hería.
Que éramos el hallazgo que jamás encontramos,
tan sólo la palabra que cerraba sus labios.

La hamaca

Allá, al fondo del trópico,
la diaria mariposa de los sueños
habita un corredor, largo, sin tiempo,
entreabriendo sus bordes de hembra clara
que espera a un viejo amante fatigado.

La hamaca cumple en el vacío
su más firme actitud de árbol bien puesto.

Algunas veces nos recuerda
un cierto olor a encierro,
a sudor trabajado o sin oficio.
Tiene siempre, también, esa frescura
que tal vez se ha escapado de algún templo.

Yo a ratos, por las tardes,
me quisiera fumar algún cigarro,
tomar un poco de café, mucho de olvido,
bien tendido sobre ella.
Platicando del cielo y de la tierra
con algún ángel
o con un viejo campesino.

Un anticipo

De un tiempo para acá
he ido adquiriendo esta fea costumbre
de estarle haciendo versos a mis muertos;
los hago ya tan cotidianamente
que pienso que me estoy adelantando,
comiéndome la carne de mis huesos
antes de que la ronden los gusanos.

No sé, existen tantas muertes
necesarias, abiertas, esperadas,
que me entristecen sin quererlo,
como si fuera, en verdad, un cataclismo
eso que alguien se aburra, que se largue,
y nos herede sus zapatos viejos,
o su sombrero tieso,
o su perchero.

Empiezo a envejecer,
esto es lo cierto.
La penumbra, la tarde en los fogones,
nos llevan de la mano hacia el camino
que vimos una vez, quién sabe adónde.

Campumá

al Dr. Enrique Culebro Carreri

Campumá, cuidador del copal,
dador de tierra
a los mares del sueño;
cuando siete caminos
completan su semana,
me hundo en el verde sombra
de tus soles de grama;
y sudo tus silencios
cuando muere la tarde,
cuando el cielo se escapa
por tus techos de coles,
cuando la noche vieja
pone a sus sombrerones
a tocar las historias,
los roncos caracoles.

Campumá, aquel sendero
que miramos de niños,
vuelve de tus colinas
cuajado de milagros,
voz de la encañada,
sobresaltos del pino,

azucenas del claro,
frutas de la espesura,
resplandores del lago.

Campumá, conservador del humo
tu nombre de marimba
tiene tallos podridos,
lluvias encarnizadas,
muros entristecidos;
tu nombre de marimba
viene de la montaña,
Campumá, caña dulce,
pajarito del alba.

La neblina

La neblina se cayó de la torre
y se puso a limpiar los corazones
con su trapo.

La gente huyó de las esquinas,
se metió a los prostíbulos,
a las farmacias y los bancos.

El sol salió hasta el rato,
con desconcierto de las parejas
y los borrachos.

Poesía siglo XXI

La poesía ya no podrá salvar al mundo.
Ya no andará desnuda por las calles
iluminando los escaparates,
poniéndole su marca a los quehaceres,
dorando el pan,
tornasolando el agua.

Ya no se meterá por las buhardillas
tratando de escribir algunos versos,
o beber un café,
o amar un poco.

Ya no se quitará frente al espejo
su cara de cartón,
frente a los muertos
su sombrero de paja,
ni frente al vicio
su rictus de bondad o de amargura.

Se irá escurriendo por las cañerías
avergonzada de su desventura.
No pudo ser la letra de un anuncio,
la secretaria de un ejecutivo,
el celofán de un anovulatorio.

A mi padre

He esperado años y días
poderle escribir un poema a mi padre,
algo digno de su blanca cabellera,
algo acorde con su dignidad
de sol sobre la aldea.

Y he aquí que me encuentro
dándole vueltas al asunto
como en el primer día.
Luchando contra la ambigüedad,
contra las palabras,
contra mi falta de educación y de vergüenza.

Acabando por admitir
lo que desde un principio estuvo bien claro.

Para escribir un poema de hijo a padre,
se necesita la humildad de una sombra,
la intuición de un ciego,
la sabiduría de un campesino ya muy viejo.

Y todo para quedarnos como el primer hombre
debe haberse quedado
cuando se asomó a los resplandores del mundo,
viendo los árboles, las nubes,
los ríos, los animales,

las montañas, los desiertos,
los mares y las piedras,
las desoladas piedras.

Porque a un padre sólo se le puede cantar
con canciones elementales,
verlo sólo con deslumbramientos,
hablarle sólo con balbuceos.

Para escribirle poemas a un padre
hay que pedirle antes permiso a Dios.

Así es, Don Enoch, que se quedará usted
sin un verso bien peinado,
sin el fruto redondo
que se madura, ajeno, en el cercado.

Aunque viéndolo bien,
para qué quieres versos
si me paso el tiempo a tu lado
viéndote comer, enojarte, arrepentirte.

Para qué literatura,
si estás mirando a tus nietos
como a los becerritos en tu rancho.

Para qué recuerdos,
si con la ida de mi madre
basta para no volver a recordar nada
hasta el dia del juicio.

Para qué tragedias
si basta con que echemos una mirada
sobre el diario
o sobre la calle.

Para qué letras, padre,
si todavía tenemos la fortuna
de contemplar las ramas,
y al acostarnos, la esperanza
de despertar mañana.



Tedios y memorias

(1982)

La vieja novedad de las palabras

a don Agustín Yáñez

En ocasiones las palabras
llenan su hueco en el espacio,
se hacen de carne,
dejan de ser palabras.

A veces, por ejemplo,
esa palabra fantasía
se hace una flor,
se vuelve una manzana,
la cinta de colores de una tarde,
el resplandor de una guirnalda.

Y la palabra mar se extiende,
y la palabra cielo se refleja,
y la palabra amor se reproduce,
y la palabra muerte, pesa.

Y a qué seguir, yo únicamente quiero
decir que siento una fragancia
cuando oigo la palabra limonero.

“Escribir, por ejemplo...”

La tórrida necesidad de escribir
para vaciarnos de nada
nos hace tomar el primer tren
que pasa por la noche
o por los techos del día
y viajar a un país que no esperamos
y que seguramente no nos interesa.
La palabra más simple,
el más ajado objeto,
se convierten de pronto
en la llave maestra
que nos abre el espacio vedado
en el que nos movemos sin saberlo.

Abres la ventana y miras la fatiga de los edificios
o el claro de una iglesia emergiendo del humo
y posiblemente adviertes en ella
una paloma, una campana,
un ebrio durmiendo en el atrio,
una oración enredándose con alguna mirada
y escoges al azar la palabra campana
(porque cualquiera hubiera hecho lo mismo)
y empiezas:
Campana, artefacto hecho de un material sonoro
(ternura-cristal-frío)
propio para cantar, llamar, recordar.

Campana, aire rasgado
que marca el paso a los sucesos.

Campana, tintineo que se va por los campos,
sube al estrado de las solemnidades
y baja por las escurrideras de la tarde.
Campana, tristeza de las bodas,
alegría de los cementerios,
qué pena que tomen tu lugar las bocinas,
los timbres, los silbatos.
Campana...

Y si tomas el tema paloma
pensarás en Picasso
y ya no escribirás nada
porque te cubrirá los ojos una venda azul.

Si piensas en el ebrio
pensarás en ti mismo
y tampoco escribirás algo.

Te quedarás con la oración
y podrás pronunciarla
siempre que la separes
de la mirada que se le cruzó en el camino.

Y así podrás voltear a otra parte
y referirte a lo que está cerca o lejos,
porque cuando se mete el *duende*
nos agarramos del aire,
de la cola de un perro,
de las escamas de un mendigo.

Toda la vida está llena de errores,
escapadas inútiles,
entradas en falso.

Caemos en la trampa
de levantarnos nuevamente,
de persistir en el aprendizaje.

Se gastan las palabras con el uso,
como la piel del traje o los zapatos,
y hay que inventar otras
para decir lo mismo.

Porque el despulimento de vivir
necesita barnices.

Peregrina de luces se detuvo,
como ante un árbol del camino,
en el mundo perdido y recobrado
de la tierra de Chiapas.

Se encontró con su origen
al contacto de las piedras antiguas,
al resplandor del humus,
y como quien penetra
a la casa entrevista de antemano
en la vida del sueño,
fue natural en su fluir,
eco en el eco.

La vieja voz de siempre
saludable emprendió por sus arterias
el viaje de retorno,
el cafeto y el pino la esperaron
con su mejor perfume.

Se detuvo un instante,
hubo un paréntesis de luz
sobre nuestra remota geografía,
y pienso que en medio de las ruinas
quedó un poema temblando.

Umbrales

Hay una intimidad
a la que no puede acercarse nadie,
ni el padre, ni el hijo,
ni la mujer.
Balcón al que uno mismo
teme asomarse.
Penumbra en que se roza
la piel de Dios.
Movimiento en que puede romperse
el hilo del corazón.

*Embalse**

a Pedro Guillén

En la Angostura
van a quedar sepultados los techos,
los árboles, el viento,
la alegría de los niños,
el aburrimiento de los viejos.

El agua cubrirá los muros
untados de cal,
sombras, rumores,
los prados y los cercos,
el cementerio.

El humus construido grano a grano,
la fertilidad destilada siglo a siglo,
van a ser tapados por una sábana,
por una larga sábana plateada.

Abajo estará el mundo sumergido,
medio oxígeno, media luz,
media sombra,
el silencio haciendo sus abluciones,
la profundidad sus iniquidades.

*Antes del cierre de la cortina de la presa.

Tal vez nazca un pez
de las cenizas de un niño,
un caracol de un alma en pena.

De la Angostura
van a ser trasladados los rebaños,
los escolares, sus juegos,
habrá una nueva ciudad
con aulas, parques, calles,
días con nuevo sol
y noches con diferentes estrellas.

Todo será cambiado de lugar
con la escrupulosidad
de quien limpia una casa extraña,
pero nadie podrá llevárselo
la soledad del tiempo muerto,
las palabras marchitas,
los rastros del amor,
los enojos de Dios,
el polvo.

El polvo que ha de flotar sobre el agua
como una continua derrota
y una perpetua resurrección.

Diálogo de sordos

Intuyo lo que dices,
pero no comulgo contigo,
como si hablaras en voz baja,
en portugués,
en castellano antiguo.

Cerca está la distancia,
pero muy lejos el destino
de la palabra en que me vuelvo
gasa de niebla,
lámpara de frío.

Tierra que espolvoreamos en la tierra,
silencios que me dices y te digo.

Ser solamente

Ser solamente
la inquietud de la hormiga
buscando su hormiguero
y no llevarse a cuestas el universo
sino la hojita seca,
la migaja de pan,
una esquirla del hueso de la luna.

Fechas

Las fechas no tienen importancia,
son un puntito en la gran línea,
una cruz en el mar de cruces,
nudos de referencia únicamente.

En casos especiales, sin embargo,
la fecha cobra significaciones,
se afirma en los vaivenes,
se precisa en las inexactitudes,
se aturde al fin de cuentas con sus luces.

La fecha de tu boda
y de tu muerte,
la que olvidas,
inventas.

Fechas, dientes del engrane
de la cadena sin fin.
Perchas.

Audacias

Nada mejor para poner en orden el cerebro
que un paseíllo por la carretera,
contando bien las curvas,
remirando las piedras,
confundiendo el fogón de alguna choza
con la presencia de una estrella.

A sesenta por hora
echar al vientecillo la memoria,
a los perros la noche,
al corazón alguna historia.

Y al salirnos del vértigo,
de la boca del sueño,
volver a casa dando como cierta
la sensacion de que el fastidio
no volverá a llamar a nuestra puerta.

Rescoldos

Ignoro si en los países
altamente industrializados
aún transitan los afiladores,
si su zampoña riega por las calles
bálsamos de agua fresca y de rumores.

Si no existen
habría que importarlos,
o producirlos,
ay, los planificadores.

Junto a la mole gris, prefabricada,
los desniveles y los surtidores,
dejar claros al aire destinados
al tierno son de los afiladores.

El otro

Siempre habrá otro
que llegará después,
sorprendido o sonriente
ante el espejo de lo que se fue.

Al asomarse el sol
dará vuelta a la rueda:
la derecha a la izquierda,
la cabeza a los pies.

Dándose prisa,
antes que venga el otro
y nuevamente
ponga todo al revés.

El terco sur

El sur, el terco sur, llena las cosas
de cierto desfallecimiento,
como que pisa alfombras la tristeza,
como que está guardando un testamento.

Mi sur comienza en Guatemala
pero no acaba en Punta Arenas
(siempre prosigue el viaje por mis venas).

Mi sur suena a marimba,
a vals peruano
(cuando el silencio llega sigue sonando).

Tal vez en algún pueblo
extraño y polvoriento
alguien –en este instante–
vea el camino con sentimiento,
o en la estancia soleada
un vientecillo sur mueva las cuerdas
de la guitarra abandonada.

Garduño y el mar

Voy a decirle a Garduño
que en todos sus poemas
se le atraviesa el mar,
de los ojos, la boca,
de la manga de la camisa,
del acto amoroso,
de la noche profunda,
le brinca el mar,
lo salpica el mar.

El mar ha de ser su duende,
por algo lo será.

Cuando veo venir a mi amigo Garduño
siento sabor de sal.

La vejez

Un día nos sirven con el desayuno
la noticia de que una persona
dada por viva ha muerto,
o de que una ilusión deslustrada
a base de acariciarla demasiado
se ha apagado del todo.

Por la noche nos sirven la cena
al lado de la persona buscada
y ponen las flores deseadas
frente a nosotros.

Es entonces cuando advertimos
que el fuego ya no calienta como antes
y que el asombro dejó de ser nuestro huésped.
Nos recorre una sensación más desabrida
que el recuerdo de lo nunca encontrado.

Lejos del plancton de las fundaciones
crece el moho.

La arruga que nos aguarda
sale sobrando para confirmarnos
que estamos envejecidos.

Días fríos

Son buenos los días fríos,
se apaciguan los ánimos,
las exigencias disminuyen.

El ronco sol se adelgaza,
algo se esfuma,
revierte.

(Como que hubiera
un acuerdo en las almas
para esperar otro día
cualquier cosa).

Días de tregua,
“de cama, botella y dama”
al decir del abuelo.

De secretos al fuego,
diálogos con el diablo,
tertulias con un ciego.

Grillos

El canto de los grillos
va atado al silencio de la noche,
por eso no se escucha, late.
Vibra la soledad,
fosforecen los huesos.

Los pasos de la noche
son lentas percusiones
de la memoria, las aguas,
sobrenadan los ciegos,
la lluvia.

Así va a ser el mundo
cuando todo se acabe,
cuando se cierre el sol
y no crezca la hierba,
cuando el último hombre
vuelva a ser otro Adán
caminando hacia abajo la escalera.

Juego de pelota

Lo que no esperas llega,
lo que te preocupa no se resuelve,
el toma y daca hace sus lances
a pesar tuyo,
a pesar mio.

Estos caminos

a Óscar Wong

LA MONTAÑA

Yashalum Yashalum
la tierra verde
los párpados de musgo
el laberinto de agua
el aire

Pájaro Lacantún
ojo venado
estela vida
muerte
el pino de cristal
el aire

El sombrerón
el eco
los murmullos
Yashalum Yashalum
el aire

EL VALLE

Pajonal
la planicie

el caserío
ninguna cosa
un árbol
la sabana

Otra vez algún ruido
otra vez ningún eco

Cuxtepeques
tu nombre
aquella infancia

LA COSTA

Camino de la costa
al mar de siempre
el nanchital la piedra
el sol la arena
la mancha trinitaria
el lecho seco
en que arde Tonalá la tarde entera

Trasfondo del manglar
por Pijijiapan
los penachos agitan sus palmeras
las garzas salen al camino
los caminos se meten en las ceibas

Y llegando al balcón de Guatemala
la sierra dice Soconusco
el cafetal levanta su escalera
la brisa abre sus puertas
la noche sus hogueras.

Un martes

El día amaneció propicio
para los grandes acontecimientos,
el aire delgado, la hoja temblorosa,
y un vago entendimiento
entre las cosas y su certidumbre.

Registré los rincones,
mi escritorio, los diarios,
el péndulo de los relojes,
los pasos en las aceras familiares.

Olí mis pensamientos
traspasé las paredes,
vi el silencio.

Pero el techo no se cayó,
el siglo no refrenó su desmesura.
El día y yo seguimos siendo iguales,
él un tanto más largo,
yo un poquito más triste.

Puertos

Un día se marchan los que llegaron,
fincaron,
y pensaron quedarse.

Otro más regresan los que se fueron,
huyeron,
quemaron sus recuerdos.

Se abren y cierran puertas en el cielo.
Se dice “adiós” o “bienvenido”
con el mismo pañuelo.

Uno en dos

Y me arrojé al camino
como al pozo o al río
(ancha vida,
mira corta,
largo hastío).

Salté las trancas
y libré el potrero
como quien tuerce el mar
y halla la espuma
al pie del farallón
o el robledal.

El potrero es el mar
y la hierba su oleaje
(los peces brillan y las reses pacen...)
El viajero es el mismo.

La mirada también
(vino añejándose
en su tonel de jade).

Quehaceres

Construir,
hacer este peldaño
para que el día alcance
su más esbelta negación.

Deshacer,
derribar esta arena
para que su castillo
alcance su completa afirmación.

Hacer esto y aquello.
Poner los ingredientes de la tierra,
el agua, el aire, el fuego,
a circular por los renuevos
y por los pudrideros de la tierra,
el agua, el aire, el fuego.

Poner a humear la carne en el brasero
y estirar las narices,
ansiosos, como un perro.

Los aprestos

a Andrés Henestrosa

No acabo de escoger la pieza
que deberán tocar cuando me muera,
aún no decido si sera el vals Tuxtla,
La Martiniana, o La Zandunga.
Porque algo tienen qué tocar
los maestros marimbistas de mi tierra
en el momento de mi despedida.
Algo que nos recuerde levemente
los rostros idos, las andanzas muertas,
los riesgos que no hallaron su aventura,
la intención que no abrió nunca la puerta.

Canciones de la tierra

Como de un serpentín,
del sombrero de un mago,
salen las canciones de América,
cuecas, corridos, joropos,
bambochos y pasillos, habaneras,
y mil listones más, y mil banderas.

Canciones de los ríos,
las chozas, las hogueras,
canciones de la sangre,
y de las sementeras.

Sentimientos del bosque,
de la luz,
de la entraña,
alborada del tiesto,
niebla de la montaña.

Lindas canciones tristes
que me cantó una anciana,
me repitió una niña
y que quedé silbando por la ventana.

*En la casa natal**

Allá en la casa de Martí, en La Habana,
existe un árbol de matilishuate
(los cubanos le dicen roble blanco)
que en este mayo estaba florecido,
abierto por el sol de la mañana.

¿Cómo se llamará este árbol en Honduras,
en el Perú, en Antigua Guatemala?
Tal vez se llame Amor en quechua o maya,
Resplandor o Esperanza en araucano.

Todo puede pasar,
los nombres vienen,
van.

Mas lo importante de la cosa es esto:
que al ver un árbol frente a mi ventana
estoy pensando en el que vi por mayo
allá en la casa de Martí, en La Habana.

*Actual Museo Martí.

El gran cocodrilo

Nunca pudimos ir con Efraín Huerta a la Laguna de Miramar.
Las piedras se atravesaron por el camino.

Hoy que la he visto, volando a San Quintín, desde el helicóptero, me he puesto a pensar en las cosas que nos veda el destino. Las aguas verdes y azules besaban las márgenes al igual que las luces de esa Ciudad de México, que él amó tanto, lo hacen con las noches sucias, terribles y magníficas. Caricias de “la muchacha ebria”.

Un ribereño me contó que hacía poco tiempo lo que creía un enorme tronco resultó ser un cocodrilo muy viejo, áspero y grande como una pena. El Gran Cocodrilo que predestinaba una fantasía. Barro de Najá.

Ya no quiero volver a ver las pupilas selváticas de Miramar, el espeso velo de sus aguas adentro. No quiero llorar por Efraín como ese cocodrilo viejo y señorial que nunca se vio frente a su espejo.

El Chichonal

*Regó polvo de luna
sobre el agua clara,
sobre el pajonal.*

El volcán ha cubierto de cenizas los árboles, los pájaros, el viento, las almas. Un fantasma como de luna menguante tiró su manto por los campos de Chiapas y blanqueó la tristeza.

La erupción del Chichonal ha causado destrozos en los cafetales, en los platanares, en los potreros. Hay hombres muertos, ríos clausurados, mujeres y niños desaparecidos, ganados desfallecientes, ruinas. Todo hace pensar que Tepeu y Gucumatz estuvieron en desacuerdo.

Y sin embargo y como siempre la vida viene detrás, la savia de la vida circulando a pesar de todo, el hachazo borrando sus cicatrices. El sol. El colibrí.

La erupción de un volcán es la ira de un dios que despierta para poner orden en su casa o simplemente para aflojar sus músculos en tensión.

Martin Luther King

¿Por qué los cipreses
han de ser colocados en los cementerios
y las ventanas frente al cielo o el mar?

¿Quién decretó ese orden
de periferia y centro,
de contracción y ritmo,
de desaliño y esplendor?

¿Quién sobre la soberbia de las cumbres
ordenó los crepúsculos
y los inesperados yerbajos del amor?

¿Y quién, sobre la piel del último negro
hizo temblar una canción
con los espectros de la tierra
y el aliento de Dios?

La casa del jaguar

Gertrude Duby
es el collar de jade
de Na-Bolom.
De sus ojos los corredores toman
su tierno sol,
las piedras y las flores
el tema de su canción.
Allí viven la selva
y el lacandón
la hora del derrumbe
y de la reedificación.
Jóvenes rubios miran sombras
de un antiguo esplendor,
buscan la huella de algo:
el paso que pasó.

Na-Bolom guarda el alma
de Frans Blom,
su cuerpo de gigante,
su niño corazón.

Gertrude es el hada madrina
de Na-Bolom,
con su varita limpia penas
y concierta el amor,
ya se ha robado el aire

de Chenalhó
y lo esconde en los cuartos
de su mansión,
allí viven Johnny el americano
y Kin el lacandón.

Ay varita, varita,
si evitara la destrucción
la selva no tendría
tanto dolor
ni el templo sumergido
tanto temor.

Gertrude es el collar de jade
de Na-Bolom,
lleva en sus venas
la llama del sol.

Na-Bolom, Na-Bolom,
Gertrude y Pancho Blom.

Los marimberos

De los menudos vientres de la tierra
van surgiendo a la vida, a sus quehaceres.
Van naciendo a la muerte de la estrella
olorosos a brecha y a hojarasca,
a bejuco y a musgo, a madrigueras.

Junto a los dulces hongos de la sierra
brotan, menudos, raros, taciturnos
arrastran su ataúd como a su selva
y se plantan al borde de los pueblos
para tocar sin fin penas y penas.

Los marimberos son la hierba buena,
son cigarros prendidos, copas llenas,
pedacitos de vidrio a media calle,
retazos mustios, apagadas velas.

Los marimberos son las sementeras,
las planicies quemadas de hojas nuevas,
pajonales silbantes, verdes soles
enardecidos por la primavera.

Son las sinuosidades y malezas
en que se pierde y gana la pradera,
son los luceros y son las estrellas
que a las seis de la tarde se entreveran...

Los marimberos vuelven a la noche,
duendes del polvo y de la niebla,
y sumergen su luz, castran sus notas
en los menudos vientres de la tierra,
y a hurtadillas nos miran por los ojos
ariscos del venado y la culebra.

El rostro del tiempo

A cada metro, a cada instante,
hemos de aprender, de olvidar,
de reconsiderar algo.

El rostro jugando con sus expresiones,
la palabra con su sentido,
la cobardía con su heroísmo,
la soledad con su tumulto,
son ese estira y encoge
en que el misterio del tiempo
nos deja su resaca,
su condición violenta de ola en calma.
Sólo la rosa ve las manos del silencio.

La comparsa

El avaro goza con su avaricia.
El asesino es un peón de lo inevitable.
El resentido se recuesta en su odio,
gracias a él respira,
se olvida de la muerte.
El envidioso disfruta su sabroso martirio
de morderse la cola,
de tragarse su propia saliva.
El explosivo demagogo
se deleita aplazando las urgencias,
señoreando el gran teatro del día.
Y los locos, los necios, los hipócritas,
los viciosos, los cuerdos, los mancos,
y nosotros y todos,
vamos felices en la harapienta caravana,
que, a pesar de estar coja,
retumba en las arenas del desierto silente.

La cantinela del frustrado

Fuiste mi gran amor
porque no llegamos a nada,
a la vida en común,
a las profundidades de la menstruación,
del hastío, del intercambio de humores
en el bochorno del verano.

Nunca anduvimos entre escombros.
Miramos la luna en el mar
pero jamás oxidándose en el ropero
hecha grietas, mapas de aburrimiento.

Todo quedó en “tal vez” y en “sin embargo”.
Qué bueno que así fuera,
algo debe quedar sin completarse,
en el vaso un espacio para el vino
y en el silencio un hueco para el canto.

El vino

¿Qué generosidad o crimen
estarían completos sin el vino?
¿Qué sería de los montes
sin la corona de los arreboles?

Viniendo de la oscuridad
de los siglos,
de las caídas y las reivindicaciones,
llegando hasta el amor y la pena
cálido como una madre,
el vino trae un ojo atolondrado
con el que miras tú
y ve el milagro.

Debo decir esto

Corré un largo trecho,
pero hasta hoy empiezo a conocerme,
a ver crecer la misma rama
bajo otros bosques, nuevas espesuras.
Hoy empiezo a decir que voy conmigo,
que también va conmigo una conciencia
que se me reveló de pronto y que me indica
que soy la huella de mi propio paso,
la cruel sabiduría de mí mismo.
Cansado del desierto
repaso bruscamente en las arenas.
El lento movimiento de las olas
me ha llegado en la sal de ciertas lágrimas.
Apoyado en mis viejas ataduras
empiezo a caminar por los caminos,
a ser lo rutinario en la rutina,
lo sorpresivo –a veces– en lo inesperado.

Hablar de todo es siempre hablar de nada.
Quisiera ver los hechos sin su añadidura.
Si es cosa de esperar, tranquilo espero.
Asunto de pensar, tan sólo olvido.

La línea son los puntos suspensivos.
La verdad los cabitos de mentira.
Y nunca empezaré por ser lo trágico,

para llorar no bastan lágrimas.
Uno pone en la boca de los muertos
cosas que no dijeron.
Debo recordar algo,
algo que al fin me alegre y me devuelva
la primitiva transparencia,
el sol perdido, la salud resuelta,
el gozo ingenuo, la malicia tierna,
la humedad sin follajes ni riberas.

No sé si fuera conveniente
quedarme ciego por un rato,
para verme por dentro, desasido
del marco y de la imagen,
y ver las encrespadas soledades
apaciguarse al fondo de los sueños.

Y fuera, en fin, también prudente
quedarme sordo, mudo, desollado,
para evocar la oreja y el sonido,
la epidermis y el tacto, y la condena.

Mas no entrar de rodillas al santuario,
sino quedarme con el hombre, afuera.

El día

El día, el duro día, calcinaba
tus huesos y mis huesos,
era el instante, el amarillo amargo
de la piel rota, el pecho desatado.
Transparencia sin límites.
Bajo la estatua el cuerpo se agitaba,
alguien moría con los ojos abiertos
y la luz caminando por las calles
era un ciego encontrando su mirada.

Don Ruma

a Marcelina Galindo

Era don Romualdo Moguel
un anciano desprendido del tiempo,
un Quijote enfundado
en un traje de dril
viejo como el olvido,
apoyado en un bastón
si era tiempo de secas,
en un paraguas si lo era de lluvias
y siempre en desafiante dignidad.

Su lanza en ristre era un duro lápiz,
sus campos de Montiel
las hojas de papel barato
donde *desfacia los entuertos* del día.
Un periodista-Quijote,
de esos que poco existen,
inerme y fuerte,
erguido, raro, leal.

Diariamente recorría,
casa por casa, el pueblo,
sus hileras de postes de alumbrado,
sus corrales de yerbas florecidas,
sus pozos secos,

su mediodía de cal.
Se alzaba con los gallos al amanecer
e iba a escuchar el rumor del mercado,
la blasfemia del tugurio,
las voces del aguador,
del barrendero,
de la mendiga.
Metía en su morral los murmullos,
los guardaba junto a las frutas que comía
y los llevaba a su casa.
Su cuarto era un arsenal de quejas,
desdichas, esperanzas, como él.

El pueblo naturalmente hablaba
a través de su *Estrellita de Oriente*,
“Periódico” gratuito,
hecho a mano
(una hoja diaria
escrita en una sola cara)
a golpes de honradez y soledad.

Cuentan que un día
“la maldita política”
le chifló el cerebro
y colocó un púlpito en su corazón,
desde allí predicaba su verdad.
Un cerebro loco,
un corazón loco,
tienen como único tema la verdad
(esa brasa que escandaliza
entre las faldas de un vestido de sociedad).

Era tío Ruma un loco ilustre
que se volvió regocijo de los niños,
bondadosa incomprendión de los adultos,
moneda perdida entre las piedras,
hilito blanco,
penumbra del ideal.

Murió como debía,
sin que nadie se diera cuenta,
un día que nadie recuerda.

Lo evoco con tristeza
de infancia irrecuperable,
veo su larga figura
alrededor de la plaza
repartiendo su *Estrellita*
como un maná preciso y salvador.

Ay, garabatos de la ingenuidad,
si el mundo se volviera
como Tío Ruma, loco,
nos iría menos mal.

Día trece

Estoy indeciso de salir a la calle
porque hay una mariposa negra en mi cuarto
y afuera, en el jardín,
brinca un chapulín verde
(árbol de la buena esperanza,
presagio de los campos alegres,
lorito del corazón de los niños).

Parece mentira que a mis años
esté dudando entre blancos y negros,
entre hadas madrinas
y demonios caseros.

A mis años,
no sé...
(el rayo en la caverna de mi antepasado).

Tal vez el hilo de la especie
se me enreda en las piernas
y más fuerte que yo
me cierra el paso.

Palabras hembras

La enfermedad,
la pena,
la ignominia,
la ingratitud,
la esclavitud
la muerte,
la vanidad,
la sinrazón,
la queja,
la soledad,
la eternidad,
la sombra.

Pero también la aurora,
la magia,
la nostalgia.

a Andrés Fábregas Roca

80 años

Poco a poco he ido perdiendo
la facultad del canto.

Voy ganando la transparencia
y perdiendo el misterio.
Los años van secando el corazón,
evaporando la nube del estremecimiento.

Cuando llega la fatiga del viaje
el silencio es la mejor canción.



Fotos: Osiris Aquino. Acervo fotográfico del CONECAUTA.



Antología poética (1948-1985)

se terminó de imprimir
en septiembre de 2008 en Talleres Gráficos,
en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.
Los interiores se tiraron sobre papel cultural
de 44,5 kg y la portada sobre cartulina couché
de 169 kg. En su composición tipográfica se
utilizó la familia ITC Usherwood.
Se imprimieron mil ejemplares.

